

Ojo no me digan Bestia

Ojo, no me digan bestia
Texto: Versión de Patricia Suárez | Ilustraciones: Nube

Directora de la Colección
Celeste Soledad Gonzalía

Diseño y diagramación
Carlos Bonardi

Textos
Patricia Suárez

Ilustraciones
Nube

Ser y
contar
COLECCIÓN

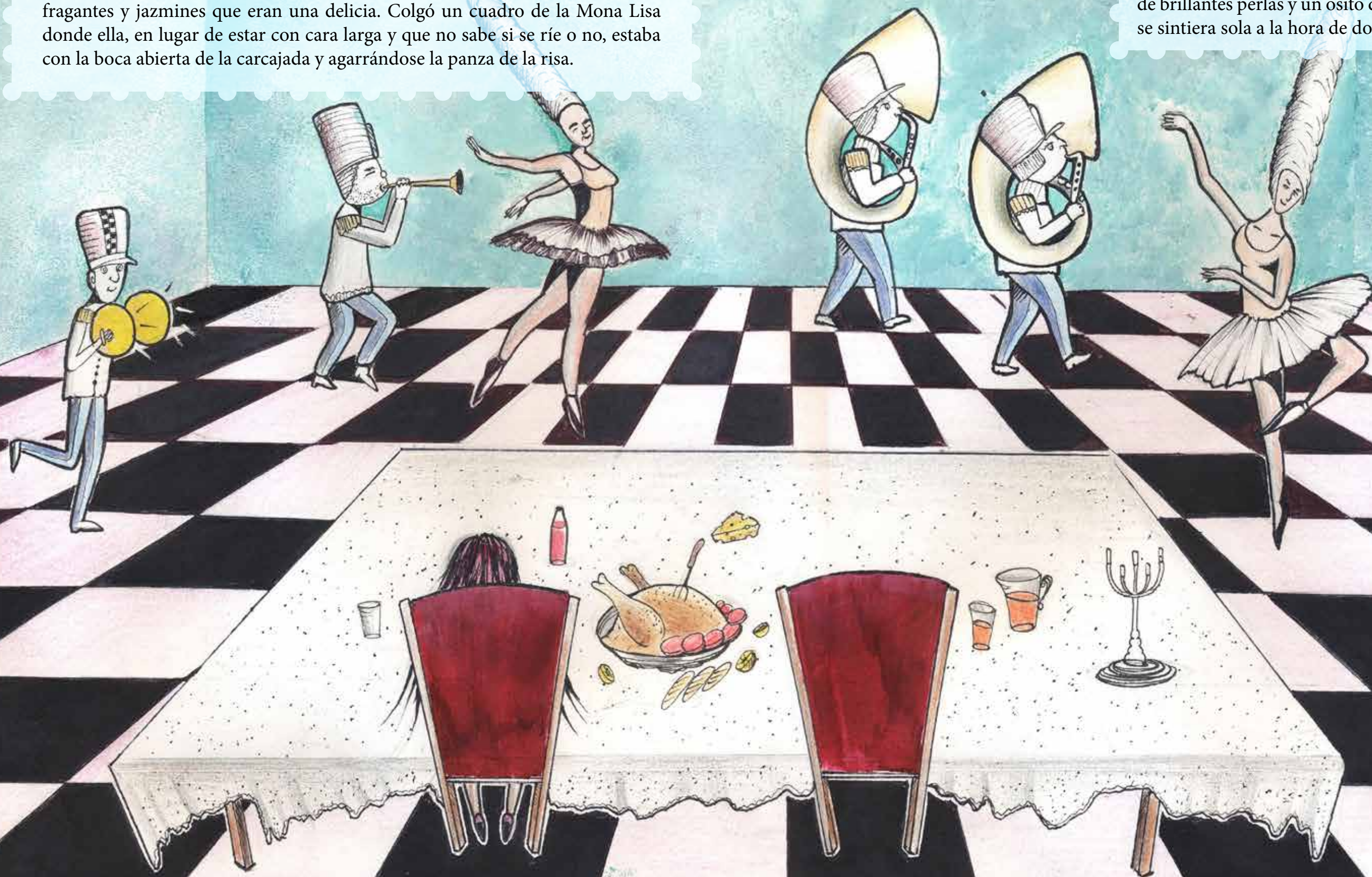
Bella y él se habían conocido por carta y se enamoraron locamente. Ella trabajaba en un instituto de belleza y peluquería y cierta vez, leyendo la página del corazón de una revista, decidió responder el anuncio de Juan B: "Busco una mujer que valore los sentimientos y las bellezas del alma".

Sin embargo, como él era muy tímido, prefirió dejar el conocerla siempre para el día siguiente. Y por más que lo postergó, ese día siguiente llegó.



Para empezar, él había tendido una mesa con un mantel primoroso de puntillas y servilletas de papel de oro. Puso un candelabro con velas perfumadas y en el centro una bandeja con un pollo asado y papas fritas para chuparse los dedos. Contrató a una banda de música que tocaba unas melodías que provocaban felicidad sólo con oírlas. Al resto del salón comedor lo adornó con rosas fragantes y jazmines que eran una delicia. Colgó un cuadro de la Mona Lisa donde ella, en lugar de estar con cara larga y que no sabe si se ríe o no, estaba con la boca abierta de la carcajada y agarrándose la panza de la risa.

Unas bailarinas con pelucas blancas hasta muy arriba y tutú bailaban en puntas de pie y era una fiesta para los ojos mirarlas. Todo esto se merecía Bella en la primera cena que compartirían juntos. El estuvo en cada detalle y le compró a ella dos regalitos: un collar de brillantes perlas y un osito de peluche para que no se sintiera sola a la hora de dormir.





Bella llegó apenas tarde a la cena y se sentó a la mesa maravillada. ¡Cuánto lujo, cuánto agasajo! Mientras contemplaba a las bailarinas dar vueltas en un pie, lo vio a él entrar con una levita azul que lo hacía parecer un príncipe. Sólo que no se veía como el príncipe azul que ella imaginaba. Tenía cabeza de león y hocico de jabalí. Unas manotas con uñas negras y de los oídos le salían pelos pinchudos. Llevaba puesta una camisa de impecable color blanco, porque se notaba que era muy elegante y prolijo con la ropa. Pero por encima del cuello de la camisa, tenía un pescuezo de buey y la voz sonaba como un mugido.

Bella carraspeó.

-¿Eres feliz, amada mía? –preguntó él.

-Feliz lo que se dice feliz...

-¿No te gusta la música?

-Es maravillosa la música.

-A lo mejor preferirías que mis músicos tocaran un ritmo tropical.

-No, está bien así.

-Podríamos bailar “Se va el caimán”.

¿Bailar?, pensó Bella. ¡Si la Bestia llegaba a pisarla al dar un mal paso, le rompería el pie!

-Me gusta estar sentadida viendo... viendo el pollo asado.

-¿No te gusta el pollito?

-Está riquísimo.

-¿A lo mejor preferirías aderezarlo con un poco de salsa ketchup?

-No, así está bien. Gracias –dijo Bella-. Pero tal vez tenga que decirte la verdad sobre nuestro encuentro. No te imaginaba tan bestia, Juan.

La Bestia la miró sorprendida. ¿Qué quería decir ella cuando le llamaba bestia?
-No sé, todo esos pelos para cualquier lado... Los colmillos de chanco... Las uñas sin cortar... Yo pensé que me iba a casar con un príncipe, no con una bestia peluda.
Juan Bestia se quedó sin habla de la rabia.

-Ojo, no me gusta que me digan bestia.
-No, Juan, no es eso. Es que sos muy bestia.

La Bestia se echó a llorar desconsoladamente. Pero no había nada que al amor pudiera resirtirse y menos a las ideas de Bella. Pidió un taxi, fue hasta su instituto y volvió con un maletín de primeros auxilios embellecedores. En un santiamén y gracias a tijeras, peine, cepillo, champú, alicate, pastas dentríficas blanqueadoras, quedó hecho una pinturita. Hasta dejaron de llamarlo Bestia. Desde ese entonces en el reino fue Juan, el esposo de Bella, la peluquera.

